LIBROdot.com

NATHANIEL HAWTHORNE

EL JOVEN GOODMAN BROWN

El joven Goodman (1) Brown salió a la calle de la aldea de Salem cuando el sol se ponía. Pero después de cruzar el umbral introdujo de nuevo la cabeza para cambiar besos de despedida con su reciente esposa. Y Fe, como tan apropiadamente se llamaba, sacó a su vez su linda cabecita, permitiendo que el viento jugara con las cintas rosadas de la cofia mientras llamaba a Goodman Brown.

—Corazón mío—susurró suavemente y con un dejo de tristeza cuando sus labios le rozaron la oreja—, te suplico que postergues el viaje hasta la madrugada y que esta noche duermas en tu cama. A una mujer cuando se queda sola la perturban tales sueños y tales pensamientos, que a veces tiene miedo de sí misma. Te lo ruego, quédate conmigo esta noche, entre todas las noches del año.

—Mi amor y mi Fe—replicó el joven Goodman Brown—, entre todas las noches del año, tengo que pasar esta única noche lejos de ti. Mi viaje, como tú lo llamas, sin falta debe hacerse de ida y vuelta de aquí al amanecer. ¡Cómo! Mi dulce, bella esposa, ¿dudas tú ya de mí, cuando apenas llevamos tres meses de casados?

—Siendo así, que Dios te bendiga dijo Fe, la de las cintas rosas—; y ojalá encuentres todo bien a tu regreso.

—Amén—respondió Goodman Brown—. Reza tus oraciones, querida Fe, acuéstate temprano y nada malo va a ocurrirte.

Así se despidieron. Y el joven prosiguió su camino hasta que, a punto de doblar la esquina del templo, miró hacia atrás y vio la cabeza de Fe todavía asomada, contemplándolo con aire melancólico a pesar de las cintas rosadas.

—Pobrecita Fe—pensó, puesto que el corazón lo castigaba—. ¡Soy un canalla, dejarla para embarcarme en semejante cometido! Ella también habla de sueños. Mientras lo hacía me pareció ver angustia en su rostro, como si un sueño la hubiera prevenido sobre la clase de tarea que esta noche ha de llevarse a cabo. ¡Pero no, no; la mataría el solo pensarlo! En fin, ella es un ángel bendito en este mundo; y después de esta única noche me coseré a sus faldas y la seguiré hasta el cielo.

Con esta excelente decisión para el futuro Goodman Brown se sintió justificado para apurarse todavía más en su presente propósito maligno. Había cogido por un camino lúgubre, oscurecido por los árboles más siniestros del bosque, que apenas si se hacían a un lado para dejar que la trocha se escurriera entre ellos, cerrándose en el acto por detrás. La

ruta no podía ser más despoblada; y en tales soledades se presenta la particularidad de que el viajero ignora si hay alguien escondido tras los innumerables troncos y arriba en el ramaje, de modo que al andar a solas puede así y todo estar pasando en medio de una multitud invisible.

—Detrás de cada árbol puede haber un indio endemoniado—se dijo Goodman Brown, mirando para atrás mientras añadía—: ¡Hasta el diablo en persona me puede estar pisando los talones!

Así, con la cabeza vuelta, dobló un recodo del camino. Cuando volvió a mirar de frente avistó la silueta de un hombre trajeado de modo sobrio y digno, que esperaba sentado al pie de un árbol añoso y que se levantó cuando él estuvo cerca para seguirle el paso hombro a hombro.

—Llegas tarde, Goodman Brown—le dijo—. El reloj de la iglesia de Old South daba la hora cuando pasé por Boston y eso fue hace quince minutos cumplidos.

—Fe me detuvo un rato—replicó el joven, con la voz temblorosa por la súbita aparición del compañero, aunque no era del todo inesperada.

El bosque estaba ya sumido en las sombras, más intensas en el paraje por el que transitaban. Hasta donde podía discernirse, el segundo viajero aparentaba unos cincuenta años, por lo visto ocupaba un rango social similar al de Goodman Brown y se le parecía bastante, quizás más en el porte que en los rasgos. Con todo, podrían pasar por padre e hijo. No obstante, aunque el mayor vestía de modo tan sencillo como el joven e igualmente sencillo era su comportamiento, tema el aire indescriptible de alguien que conocía el mundo y que no se habría sentido apocado en la mesa de banquetes del Gobernador o en la corte del rey Guillermo (2

), de ser posible que hasta allá lo hubieran conducido sus asuntos. Pero la única cosa en su persona que se podría señalar como extraordinaria era su bastón, que tenía la apariencia de una gran culebra negra y estaba labrado de modo tan curioso que parecía enroscarse y retorcerse por sí solo, como una serpiente viva. Esto, por supuesto, debía de ser una ilusión óptica, favorecida por la luz incierta.

—Vamos, Goodman Brown—lo llamó el compañero de jornada—, este paso es muy lento para empezar un viaje. Toma mi bastón, si es que tan pronto te has cansado.

—Amigo —dijo el otro, que de la marcha lenta pasó a parar del todo—, ya cumplí con el pacto encontrándonos aquí; y ahora mi intención es devolverme al punto de partida. Tengo escrúpulos respecto del asunto que sabemos.

—¿Conque eso dices?—respondió el de la serpiente, riendo para sí—. De todos modos sigamos caminando mientras lo discutimos; y si no te convenzo, te devuelves. Todavía no hemos recorrido más que un corto trecho.

—¡Demasiado lejos, demasiado! —exclamó el joven esposo, reanudando la marcha sin darse cuenta—. Mi padre nunca se adentró en el bosque para emprender semejante aventura, ni antes su padre. Desde los tiempos de los mártires hemos sido un linaje de

hombres honrados y buenos cristianos; y yo sería el primer Brown en tomar por este camino y andar...

—En semejante compañía, ibas a decir—observo el personaje mayor, interpretando la pausa—. ¡Bien dicho, Goodman Brown! Conozco a tu familia tan bien como a ninguna otra entre los puritanos. Le ayudé a tu abuelo el alguacil cuando con tantos bríos azotó a la cuáquera por las calles de Salem; y fui yo el que le procuró a tu padre la tea de pino embreado, encendida en mi propio hogar, para que le prendiera fuego al poblado de indios durante la guerra del jefe Metacomet. Ambos fueron buenos amigos míos; y dimos más de un paseo agradable por este mismo camino y regresábamos llenos de alegría pasada la medianoche. Por consideración a ellos me gustaría ser tu amigo.

—Si es como usted dice—respondió Goodman Brown—, me sorprende que jamás hablaran de estas cosas; o, en realidad, no me sorprende, en vista de que el menor rumor al respecto los habría expulsado de Nueva Inglaterra. Somos gente de oración y, por si fuera poco, gente de buenas obras, y no practicamos semejantes maldades.

—Maldades o no—dijo el caminante del bastón retorcido—, gozo de un trato muy amplio aquí en Nueva Inglaterra. Los diáconos de más de una parroquia han bebido conmigo el vino de la comunión; los administradores de diversos pueblos consideran que soy su presidente; y en la Asamblea Legislativa la mayoría de los miembros apoya firmemente mis intereses. Además, el Gobernador y yo... Pero esos son secretos de Estado.

—¿Podrá ser cierto? —exclamó Goodman Brown, lanzando una mirada de estupor a su desaprensivo acompañante—. Sea como sea, no tengo nada que ver con el Gobernador o la Asamblea. Ellos hacen lo que les parece y no tienen autoridad sobre un simple granjero como yo. Pero, si yo siguiera con usted, ¿cómo podría darle después la cara a ese buen anciano, a mi pastor en la aldea de Salem? El mero sonido de su voz me pondría a temblar en los días de fiesta y en los días de prédica.

Hasta entonces el caminante de mayor edad había escuchado con la circunspección debida, pero ahora echó a reír de modo incontenible, sacudiéndose con tal violencia que el sinuoso bastón de veras pareció culebrear en concordancia.

—¡Ja, ja, ja! —rió una y otra vez hasta que, recobrando la compostura, dijo—: está bien, continúa Goodman Brown, pero por favor no hagas que me muera de risa.

—Bien, entonces, para que terminemos de una vez con el asunto—dijo Goodman Brown, bastante picado—, está mi esposa, Fe. Le partiría su frágil y tierno corazón; y yo más bien me partiría el mío.

—No, si ese es el caso—respondió el otro—, es mejor que hagas como te parezca, Goodman Brown. Ni por veinte viejas como la que va rengueando allá adelante querría yo que tu Fe sufriera daño alguno.

Al decir esto apuntó con el bastón hacia la silueta de una mujer en el camino, que Goodman Brown reconoció como la de una señora devota y ejemplar que le había enseñado el catecismo en la infancia y que seguía siendo su consejera moral y espiritual, conjuntamente con el pastor y el diácono Gookin.

—Un prodigio, de veras, que la tía Closse ande de noche tan lejos en el bosque—dijo Brown—. Pero con su permiso, amigo, voy a tomar un atajo por el monte hasta que hayamos dejado atrás a esa cristiana. Como no se conocen, podría preguntarme con quién ando asociado y adónde me dirijo..

—Así sea—dijo el acompañante—. Métete por el monte y deja que yo siga por el camino.

Por consiguiente, el joven se desvió. Pero se daba maña para ir observando al compañero, que prosiguió tranquilamente hasta que estuvo a pocos pasos de la vieja señora. Mientras tanto, ella avanzaba como mejor podía, con inusitada rapidez para tratarse de una mujer de tanta edad y mascullando palabras indistintas—una oración, sin duda—al andar. El caminante levantó el bastón y le tocó la nuca marchita con lo que parecía la cola de la serpiente.

—¡El demonio!—chilló la vieja beata.

—¿De modo que la tía Cloyse reconoce a su viejo amigo?—inquirió el viajero, poniéndosele enfrente y apoyándose en el palo retorcido.

—¡Ah, cómo no! ¿Pero efectivamente se trata de su señoría? —exclamó la buena mujer—. Sí, claro, y a imagen y semejanza de mi viejo compinche Goodman Brown, el abuelo del tonto que ahora lleva el nombre. Pero, ¿lo creería su señoría?, mi escoba desapareció como por ensalmo, sospecho que robada por esa bruja sin colgar de la tía Cory, y eso cuando además yo andaba toda ungida de jugo de cañarejo, y de cincoenrama, y de acónito...

—Majado todo con trigo menudo y con la grasa de un recién nacido—dijo la aparición del viejo Goodman Brown.

—¡Ah, su señoría conoce la receta! —exclamó la anciana, soltando un cacareo—. Así que, como venía diciendo, estando lista para la reunión, y sin caballo, me decidí a recorrer a pie todo el camino. Porque me dicen que esta noche vamos a admitir en comunión a un agradable jovencito. Pero ahora su atenta señoría me va a dar el brazo y estaremos allí en un abrir y cerrar de ojos.

—A duras penas puede ser—contestó su amigo—. No puedo ofrecerle mi brazo, tía Cloyse. Pero aquí tiene mi bastón si lo desea.

Diciendo esto lo arrojó a los pies de la vieja; en donde acaso cobró vida, pues se trataba de uno de los báculos que en tiempos pasados el dueño les facilitara a los magos de Egipto. Sin embargo, Goodman Brown no pudo tomar conocimiento de este hecho. La sorpresa lo había hecho alzar la vista al cielo. Y cuando otra vez bajó los ojos no vio a la tía Cloyse ni al bastón serpentino, sino a su compañero, solo y esperándolo tan tranquilo como si nada hubiera sucedido.

—Esa anciana me enseñó el catecismo—dijo el joven.

Y había todo un mundo de significación en este escueto comentario.

Siguieron andando mientras el mayor exhortaba al otro a que fuera más rápido y a que perseverara en el camino, arguyendo con tanta habilidad que sus razonamientos parecían

brotar del pecho de su oyente más bien que sugeridos por él mismo. Arrancó de pasada una rama de arce que le sirviera de bastón y comenzó a despojarla de tallos y retoños, humedecidos por el rocío vespertino. Cuando sus dedos los tocaban, se ajaban de modo singular y se secaban como si hubieran recibido una semana de sol. Y así, a buen paso y sin obstáculos, prosiguió la pareja hasta que, de pronto, en una oscura hondonada del camino, Goodman Brown se sentó en el tocón de un árbol y se negó a seguir adelante.

—Amigo —dijo tercamente— , ya lo he decidido: no voy a dar un paso más en estas andanzas. Qué importa que una vieja desgraciada prefiera irse al diablo cuando yo pensaba que iba a ir al cielo. ¿Es esa una razón para que yo abandone a mi querida Fe y la siga a ella?

—Con el tiempo vas a pensar mejor sobre todo esto —dijo serenamente el conocido—. Quédate aquí sentado y descansa un rato. Y cuando tengas ganas de moverte otra vez, aquí está mi bastón para ayudarte en el camino.

Sin más palabras le arrojó al compañero el palo de arce y se perdió de vista velozmente, como si se hubiera esfumado en las tinieblas cada vez mas densas. El joven permaneció sentado un rato a la vera del camino, felicitándose fervorosamente y pensando en la limpia conciencia con que le haría frente al pastor en su paseo matinal y en que no tendría que rehuir la mirada del buen diácono Gookin. ¡Y qué sueño apacible sería el suyo aquella misma noche, que antes iba a emplear malignamente, pero tan pura y dulcemente ahora en los brazos de Fe! Estando absorto en tan placenteras y encomiables meditaciones, Goodman Brown escuchó trancos de caballos por el camino y consideró prudente esconderse en la orilla del bosque, sabedor del culpable propósito que lo había traído hasta ese lugar, aunque ya lo había abandonado felizmente.

Hasta él llegaron el ruido de los cascos y el de las graves y cascadas voces de dos jinetes que charlaban despreocupadamente mientras se iban acercando. Estos sonidos varios parecieron pasar a unos cuantos pasos del escondite del joven. Pero, sin duda debido a la espesura de la oscuridad en aquel paraje singular, no se vieron los viajeros ni sus bestias. Si bien rozaron con el cuerpo las bajas frondas que bordeaban el camino, no pudo verse que interceptaran ni por un instante el tenue resplandor que provenía de la franja de cielo contra la cual habían debido recortarse. Goodman Brown se acurrucó y se empinó por turnos, apartando las ramas y asomando la cabeza hasta donde se atrevió, sin discernir una sombra siquiera. Esto lo inquietó aún más, porque podría haber jurado que, si tal cosa fuera posible, había reconocido las voces del pastor y el diácono Gookin, quienes cabalgaban a trote corto, en calma, como solían hacer cuando iban rumbo a una ordenación o un concilio de iglesias. Mientras estaban todavía al alcance del oído, uno de los jinetes se detuvo a sacar una fusta.

—De las dos, su reverencia—dijo la voz parecida a la del diácono—, preferiría perderme la cena de ordenación y no la reunión de esta noche. Dicen que algunos miembros de nuestra comunidad van a venir de Falmouth y más lejos, y otros de Connecticut y Rhode Island, aparte de varios indios hechiceros que, a su manera, saben tanto de artes diabólicas como los mejores de los nuestros. Además, hay una joven de buenas aptitudes que vamos a admitir en comunión .

—¡Excelente, diácono Gookin! —respondió el timbre solemne y cascado del pastor—. Piquemos las espuelas o llegaremos tarde. No puede hacerse nada, ya lo sabes, hasta que yo no esté sobre el terreno.

Se escuchó otra vez el ruido de los cascos. Y las voces que tan extrañamente conversaban en el aire vacío siguieron bosque adentro, en donde nunca se había congregado iglesia alguna o había rezado ningún cristiano solitario. ¿Adónde entonces podían dirigirse estos hombres de Dios, en las entrañas de la selva pagana?

A punto de irse al suelo, desfalleciente y agobiado por un infinito malestar del corazón, el joven Goodman Brown tuvo que agarrarse a un árbol para sostenerse. Alzó la vista al firmamento, dudando si en realidad había un cielo sobre su cabeza. Sin embargo, allá estaba la bóveda azul; y los luceros titilando en ella.

—Con el cielo arriba y con Fe en la tierra seguiré firme contra el demonio!—gritó Goodman Brown.

En tanto que miraba fijamente la profunda bóveda celeste con las manos levantadas para orar, una nube, a pesar de que el viento no soplaba, cubrió el cenit rápidamente y ocultó las estrellas que lo iluminaban. Todavía se veía el cielo azul, excepto en la zona que quedaba directamente arriba, por donde la masa nubosa surcaba veloz con dirección al norte. Desde los aires, como viniendo de las profundidades de la nube, descendía un sonido de voces equívoco y confuso. Por un instante él creyó distinguir los acentos de gentes de su pueblo, hombres y mujeres, unos píos y otros profanos, con muchos de los cuales se había encontrado en la mesa de la santa cena mientras a otros los había visto de farra en la taberna. Tan indistintos eran los sonidos, que al momento dudó haber oído otra cosa que el murmullo del viejo bosque, susurrando sin viento. Pero otra vez cobraron fuerza aquellos tonos familiares que escuchaba a diario bajo el sol de la aldea de Salem, mas nunca hasta el presente procedentes de una nube de sombras. Había una voz, la de una joven, que profería lamentos, aunque lo hacía con una pena incierta, y que imploraba alguna merced que acaso le afligiría obtener; mientras la turba invisible, justos y pecadores, parecía alentarla a que siguiera adelante.

—¡Fe!—exclamó Goodman Brown, con un grito de agonía y desesperación; y los ecos del bosque lo imitaron, gritando "¡Fe, Fe!" como si un coro de infelices anduviera perplejo buscándola por todos los rincones de la espesura.

El alarido de terror, furia y congoja hendía la noche mientras el desdichado esposo contenía el aliento esperando respuesta. Se escuchó un grito, de inmediato ahogado por un recrudecer del vocerío, que se fue apagando en medio de remotas carcajadas a medida que la nube se perdía en lontananza, dejando el cielo claro y silencioso sobre Goodman Brown. Pero algo liviano cayó revoloteando por el aire y se enganchó en la rama de un árbol. El joven lo tomó y se encontró con una cinta rosa.

—¡Mi Fe se ha ido!—gimió, tras un momento de estupefacción—. No existe el bien sobre la tierra. Y el pecado es sólo un nombre. Ven pues, demonio; ya que este mundo a ti te ha sido adjudicado.

Y enloquecido de desesperación, de tal manera que estuvo riendo en voz alta un largo rato, Goodman Brown agarró el bastón y partió otra vez, con tal velocidad que parecía volar

sobre el camino más bien que andar o que correr. La senda se fue haciendo cada vez más agreste y más tétrica y su trazo cada vez más borroso, hasta que desapareció del todo, abandonándolo en las entrañas de la selva oscura. Pero él siguió adelante, propulsado vertiginosamente por el instinto que guía a los hombres hacia el mal. El bosque todo estaba poblado de sonidos horrísonos: crujidos de los árboles, aullidos de fieras, ululares de indios; mientras que a ratos el viento tañía como la campana de una iglesia lejana y a ratos envolvía al viajero en un rugido penetrante, como si la naturaleza en pleno se burlara de él. Pero él mismo era el horror principal de esta escena y no se amilanaba con los demás horrores.

—¡Ja, ja ja!—estallaba estrepitosamente Goodman Brown cuando el viento se reía de él—. Vamos a ver quién ríe más fuerte. No creas que vas a asustarme con tus artes satánicas. ¡Vengan brujas, vengan magos, vengan indios hechiceros, venga hasta el diablo mismo, que aquí viene Goodman Brown! ¡No hay razón para que no le teman tanto cómo él les teme a ustedes!

Ciertamente, en todo el bosque encantado no podía haber nada más aterrador que el espectáculo de Goodman Brown. Volaba entre los negros pinos blandiendo el bastón con ademanes de locura, ya dando rienda suelta a una andanada de blasfemias horribles, ya profiriendo risotadas que hacían que todos los ecos de la selva rompieran a reír como demonios a su alrededor. El Maligno en persona es menos espantoso que cuando rabia en el pecho de un hombre. Y así el endemoniado siguió su veloz curso, hasta que, temblorosa a través del follaje, divisó al frente una luz roja, como cuando los troncos y las ramazones de los árboles talados de un desmonte son pasto de las llamas y arrojan contra el cielo un fulgor espectral a la hora de la medianoche. Se detuvo, aprovechando que amainaba la tormenta que lo había impelido, y escuchó elevarse el canto de lo que parecía ser un himno, cuyas cadencias majestuosas venían desde lejos con el peso de numerosas voces. El conocía la música; el coro del templo de la aldea la entonaba con frecuencia. Los ecos de la letra se iban extinguiendo con cierta pesadez y fueron prolongados por otro coro, no de voces humanas, sino de todos los sonidos de la naturaleza anochecida, que tronaron a un tiempo en atroz armonía. Goodman Brown lanzó un grito que se perdió para su propio oído, pues lo hizo al unísono con este grito de la selva.

Enseguida, durante la pausa de silencio, se adelantó furtivamente hasta que el resplandor pego de lleno en sus ojos. En un extremo del claro, enmarcado por la negra muralla del bosque, se levantaba una roca que tenía cierto parecido tosco y natural con un altar o un púlpito. Estaba rodeada por cuatro pinos llameantes, los copos encendidos, los troncos intactos, como los cirios de un oficio nocturno. La fronda que cubría la cima de la roca ardía toda, hiriendo la noche con altas llamaradas y alumbrando caprichosamente el descampado entero. Cada gajo colgante, cada festón de hojas estaba envuelto en llamas. Al ritmo que crecía o se atenuaba la refulgencia roja, una nutrida congregación se iluminaba, desaparecía entre las sombras y resurgía, por así decirlo, de las tinieblas, poblando en el acto el corazón del bosque solitario.

—Solemne compañía ataviada de negro—se dijo Goodman Brown.

Esto era cierto. Allí, fluctuando ya más cerca, ya más lejos, entre el resplandor y la penumbra, aparecían rostros que al día siguiente se verían en el Consejo Provincial y otros que, domingo tras domingo, desde los más sagrados púlpitos de la comarca dirigían con devoción la vista al cielo y con benignidad a los bancos atestados de fieles. Hay quienes

aseguran que la señora del Gobernador estuvo allí. Al menos vinieron altas damas muy cercanas a ella; y las mujeres de maridos ilustres; y viudas, en gran cantidad; y vetustas solteronas, todas de intachable reputación; y bellas jovencitas que temblaban por miedo a que sus madres alcanzaran a verlas. O bien los súbitos relámpagos que cintilaban sobre el campo oscuro deslumbraron a Goodman Brown, o él reconoció a una veintena de miembros de la Iglesia de la aldea de Salem famosos por su extraordinaria santidad. El viejo y bueno del diácono Gookin había llegado y aguardaba al lado de ese santo venerable, su pastor respetado. Pero en asociación irreverente con estas personas graves, honestas y devotas, estos patriarcas de la Iglesia, estas castas damas y estas vírgenes puras, había hombres de vida disoluta y mujeres de honra mancillada, desdichados entregados a todo vicio ruin e inmundo, e incluso sospechosos de crímenes horrendos. Era extraño ver cómo los buenos no esquivaban a los malos, cómo los pecadores no sentían vergüenza de los santos. Dispersos entre sus enemigos carapálidas estaban también los sacerdotes indios o chamanes, que tantas veces habían sembrado el pánico en su bosque nativo con conjuros más terribles que cualquiera de los conocidos por la brujería de Inglaterra.

—¿Pero dónde está Fe? —pensaba Goodman Brown, estremeciéndose a medida que el corazón se le llenaba de esperanza.

Se elevó otro verso del himno, una melodía lenta y pesarosa, de esas que aman los beatos, pero acoplada a palabras que expresaban todo lo que nuestra naturaleza puede concebir sobre el pecado y que insinuaban turbiamente mucho más. Insondable para los simples mortales es el saber de los espíritus del mal. Se cantaba un verso tras otro y el coro de la selva seguía elevándose en las pausas como la nota más profunda de un poderoso órgano. Y con la última cadencia de aquel himno horripilante se elevó un estridor, como si el viento que rugía, las aguas que corrían a chorros, las fieras que aullaban y todas las voces del desconcierto de la selva se mezclaran y armonizaran con la voz del hombre culpable en homenaje al Príncipe de todos. Los cuatro pinos encendidos despidieron una llama más alta y alumbraron vagos rostros y figuras monstruosas remontadas en las espirales de humo que se cernían sobre la sacrílega asamblea. En el mismo momento el fuego de la roca se avivó con rojos estallidos y formó un arco incandescente sobre su superficie, en donde ahora aparecía una silueta.

Dicho sea con la debida reverencia, ésta tenía un parecido no muy leve, tanto en las vestiduras como en el porte, con la de algún importante clérigo de las iglesias de Nueva Inglaterra.

—¡Traed a los conversos!—gritó un vozarrón que retumbó en el claro y cuyos ecos se perdieron en el bosque.

Al escuchar la orden, Goodman Brown abandonó las sombras y se acercó a la congregación, hacia la cual sentía una repugnante fraternidad, por concordancia de todo lo que en su corazón era perverso. Casi podría haber jurado que la aparición de su difunto padre le hacía señas para que avanzara, mirándolo desde una vedija de humo, mientras que una mujer con desvaído gesto de desesperación extendía la mano para prevenirlo. ¿Era su madre? Pero él no tuvo fuerzas para retroceder un solo paso, ni para resistirse, aun de pensamiento, cuando el pastor y el buen diácono Gookin lo tomaron de los brazos y lo condujeron a la roca incendiada. Allí llegó también la esbelta figura de una mujer cubierta con un velo, arrastrada entre la tía Cloyse, aquella pía maestra de catecismo, y Martha

Carrier, a quien el diablo le había prometido el trono del infierno, bruja desvergonzada como era. Los prosélitos fueron ubicados bajo la cúpula de fuego.

—Bienvenidos, hijos míos—dijo la aparición misteriosa—, a la comunión de vuestra raza. Habéis descubierto, así tan jóvenes, vuestra naturaleza y vuestro destino. Hijos míos, mirad tras de vosotros.

Se volvieron y contemplaron a los adoradores del demonio, que con un fogonazo, por así decirlo, aparecieron retratados contra una cortina de candela.

En cada rostro fulguraba una siniestra sonrisa de saludo.

—Allí —prosiguió la figura renegrida— están todos los que habéis venerado desde niños. Los consideráis más santos que vosotros y aborrecéis vuestro pecado, poniéndolo en contraste con sus vidas de rectitud y de devotas aspiraciones celestiales. Sin embargo, aquí están todos en mi asamblea de adoradores. Esta noche os será permitido conocer sus actos secretos: cómo han susurrado los ancianos de la Iglesia, tras sus barbas blanquecinas, palabras de lujuria a las doncellas de sus casas; cómo, ávida de luto, más de una mujer le ha dado a su marido un bebedizo a la hora de acostarse y ha dejado que duerma el postrer sueño en su regazo; cómo se han dado prisa algunos jóvenes imberbes para heredar las fortunas de sus padres; y cómo las lindas damiselas—no os ruborecéis, dulces muchachas—han cavado pequeñas tumbas en el jardín y me han convidado, como único invitado, al funeral de una criatura. Por la simpatía que hacia el pecado sienten vuestros corazones humanos, rastrearéis todos los lugares, bien sea la iglesia, la alcoba, la calle, el campo o el bosque, en donde el crimen ha sido perpetrado; y os regocijaréis al ver que el mundo entero es una mácula de culpa, una descomunal mancha de sangre. Mucho más que esto: os será dado columbrar en cada pecho el profundo misterio del pecado, la fuente de todas las artes malignas, la cual genera de modo inagotable tal cantidad de malvados impulsos, que ni el poder humano ni mi suma potencia serían capaces de convertirlos en acciones. Y ahora, hijos míos, miraos uno a otro.

Así lo hicieron. Y bajo el resplandor de las antorchas infernales el desgraciado joven descubrió a su Fe, y ella a su marido, estremecidos ante aquel altar profano.

—¡Mirad! Ahí estáis, hijos míos—dijo la aparición con tonos hondos y solemnes, casi tristes en su desconsolada atrocidad, como si su antigua naturaleza angélica todavía pudiera llorar por nuestra raza abyecta—. Confiando en vuestros respectivos corazones, todavía esperabais que la virtud no fuera sólo un sueño. Ahora habéis salido del engaño. El mal es la naturaleza de la humanidad. El mal ha de ser vuestra única dicha. Otra vez bienvenidos, hijos míos, a la comunión de vuestra raza.

—¡Bienvenidos! —Corearon los adoradores del Maligno, con un grito de desesperación y de victoria.

Y allí seguían ellos, los dos únicos, según parecía, que todavía vacilaban al borde de la perversidad en este mundo tenebroso. Labrada en la roca había una pila natural. ¿Contenía agua, enrojecida por la luz espectral? ¿O sangre? ¿O acaso fuego líquido? Allí introdujo la mano la aparición del mal, preparándose para imponerles en la frente la señal del bautismo de modo que pudieran compartir el misterio del pecado y fueran más conscientes de la culpa secreta de los otros, tanto de obra como de pensamiento más de lo que por su propia

cuenta podían ser ahora. El marido dirigió una mirada a la pálida esposa; y Fe lo miró a él. Otra mirada, y se verían como corruptos infelices, temblando tanto por lo que revelaban como por lo que descubrían.

—¡Fe, Fe! —gritó el esposo—. ¡Mira hacia el cielo y repudia al maligno!

No supo si Fe obedeció. Acabando de hablar se encontró en medio de la noche tranquila y de la soledad, escuchando el bramido del viento que se iba extinguiendo por el bosque. Tambaleándose, tropezó con la roca, que estaba fría y húmeda. Una ramita que colgaba y que había estado ardiendo le salpicó la mejilla con el rocío más helado.

Al otro día el joven Goodman Brown entró despacio por la calle de la aldea de Salem, mirando con asombro en derredor como un hombre perplejo. El anciano pastor, que daba un paseo por el cementerio haciendo apetito para el desayuno y preparando el sermón, le concedió una bendición cuando lo vio pasar. Goodman Brown huyó del venerable santo como evitando un anatema. El viejo diácono Gookin se encontraba enfrascado en el culto doméstico y las sagradas palabras de sus rezos se escuchaban salir por la ventana.

—¿A qué deidad rezará el brujo? —se preguntó Goodman Brown.

La tía Cloyse, esa eximia cristiana de antaño, disfrutaba del sol tempranero ante la verja de su casa, catequizando a una niñita que le había traído una pinta de leche ordeñada esa mañana. Goodman Brown arrebató a la niña de su sitio como si la librara de las garras del Maligno. Al doblar la esquina del templo divisó la cabeza de Fe, con las cintas rosadas, que atisbaba de lejos con ansiedad y que prorrumpió en tal alegría de verlo, que salió disparada por la calle y casi besa a su marido frente a toda la aldea. Pero Goodman Brown la miró a la cara con severidad y con tristeza y pasó de largo, sin siquiera un saludo.

¿Se había quedado dormido Goodman Brown en el bosque y tan sólo tuvo un sueño turbulento sobre un aquelarre?

Que así sea, si usted quiere. Pero ¡ay! fue un sueño de mal augurio para el joven Goodman Brown. En efecto, a partir de esa noche del sueño pavoroso se convirtió en un hombre inflexible, triste, meditabundo y desconfiado, si no desesperado. En el día domingo, cuando la congregación entonaba un salmo sagrado, no podía escuchar porque un ensordecedor himno de pecado se agolpaba en sus oídos y sofocaba por completo los acordes benditos. Cuando el pastor predicaba desde el púlpito con vigor y febril elocuencia y, con la mano en la Biblia abierta, hablaba de las verdades sagradas de nuestra religión, de vidas santas y de muertes triunfantes, de la dicha futura o la infelicidad inexpresable, entonces Goodman Brown se ponía lívido, temeroso de que el techo se fuera a desplomar sobre el viejo blasfemo y sus oyentes. Con frecuencia, despertando de pronto a medianoche, se apartaba del regazo de Fe. Y de mañana o al atardecer cuando la familia se arrodillaba en oración, fruncía el ceño y murmuraba para sí, miraba con severidad a su mujer y volvía la cabeza. Y cuando hubo vivido largos años y su blanco cadáver fue llevado a la tumba, seguido por Fe, una mujer envejecida, y por hijos y nietos, un cortejo nutrido sin contar los vecinos, que no eran pocos, no esculpieron en su lápida ningún versículo de esperanza, ya que la hora de su muerte fue sombría.

NOTA:

(1) "Goodman, fórmula de tratamiento ya en desuso, tenía el significado de "jefe de familia". Pero es claro que para Hawthorne importaba el sentido literal de "hombre bueno"; el cual, junto con el de su esposa (en inglés "Faith"), se presta para el juego alegórico. Como no hay en español un buen equivalente, "Goodman" se deja como nombre propio. En cambio, la traducción del nombre "Faith" es necesaria.

(2) Guillermo III reinó en Inglaterra entre 1689 y 1702. Las posteriores menciones de la tía Cloyse, la tía Cory y Martha Carrier, personajes históricos, sitúan la historia con anterioridad a 1692, año en que fueron procesados por hechicería en los famosos juicios de Salem. Dicho puerto no ha de confundirse con la aldea de Salem del relato, pueblo vecino que ahora lleva el nombre de Danvers.